

Pequeños milagros del
HOLOCAUSTO

*Coincidencias extraordinarias de
fe, esperanza y supervivencia*



Yitta Halberstam y Judith Leventhal

©editorial BNEI SHOLEM

Título del Original en Inglés

Small Miracles of the Holocaust

Extraordinary coincidences of faith,
hope and survival

by Yitta Halberstam y Judith Leventhal

Único autorizado para la distribución y comercialización
en español Editorial Bnei Sholem

©COPYRIGHT 2011

Todos los derechos reservados. No pueden reproducirse en forma alguna, partes de este libro, ni tampoco almacenarse o recuperarse información, en forma total o parcial en cualquier idioma sin el consentimiento escrito del editor.

Se aplicarán estrictamente los derechos de autor.



EDITORIAL BNEI SHOLEM

Jean Jaures 737

Buenos Aires ARGENTINA

tel: 54 4961 8338 / linea USA 1718-618-4158

Whatsapp +549 11 5111 2925

editorial@bneisholem.com.ar / editorialbneisholem@gmail.com

www.bneisholem.com.ar

Halberstan, Yitta

Pequeños milagros del Holocausto / Yitta Halberstan y Judith Leventhal.

- 1a ed. - Buenos Aires: Bnei Sholem, 2011.

288 p. ; 16x26 cm. ISBN 978-987-1380-57-2

1. Judaismo. I. Leventhal, Judith II. trad. III. Título CDD 296

Fecha de catalogación: 27/12/2010

ISBN 978-987-1380-49-7

IMPRESO EN ARGENTINA
PRINTED IN ARGENTINA

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723



*Para aquellos que sobrevivieron
y para aquellos que no lo hicieron.
Nunca los olvidaremos.*

*Para Pesi Dinnerstein:
soporte, mentora, amiga.
Una bendición para el mundo
y una bendición para nosotras.*





En la historia judía no hay coincidencias.

Elie Wiesel

A pesar de todo, aún creo que la gente
es buena en el fondo de su corazón.

Ana Frank





Agradecimientos.....	X
Introducción.....	XIII
Amor entre las ruinas <i>por Tamar Snyder.....</i>	1
Mi promesa a Najman <i>según lo contado por el rabino Iósef Schwartz*.....</i>	7
Hermanas.....	15
La vida en un frasco.....	27
La redención del ladrón.....	33
Los mellizos Ren.....	43
El número 7416.....	50
Una bendición invisible a los ojos <i>por Pesi Dinnerstein.....</i>	53
El milagro del asiento lodoso <i>según lo contado por Louis Koplin.....</i>	58
La otra doctora de Auschwitz.....	63
Cuestión de identidad.....	69
Los viajes del <i>zeide</i> <i>por Azriela Jaffe.....</i>	74
Mamá siempre tiene razón <i>según lo contado por Nisan Krakinowski.....</i>	77
El nadador <i>por Dov Haller.....</i>	86
La última vela.....	88

Perdido y encontrado <i>por Steve Eisenberg</i>	92
La historia de amor de Dóvid y Shifra <i>basado en el testimonio dado por Dóvid Landau a Shmuel Globa (del original ídish)</i>	98
Amiga de un granjero <i>por Shoshana Goldwasser Schwartz y Azriela Jaffe</i>	107
El que me traicionó, el que me salvó.....	110
Un muchacho llamado Ítzjak, Waclaw y Jack <i>por Liza M. Wiemer</i>	118
Plegarias otoñales.....	125
Buen día, <i>herr</i> Mueller.....	129
Justo entre las naciones.....	132
En busca de <i>reb</i> Burechl.....	138
El filósofo <i>por Isróel Besser</i>	147
Socios comerciales.....	149
Extraños en un tren <i>por Shoshana Goldwasser Schwartz y Azriela Jaffe</i>	154
El sueño de Melvina <i>según lo contado por Bailey Lustig y Breindy Muller</i>	156
Camaradas.....	161
Una promesa a papá <i>según lo contado por Frank Hershkowitz a Tamar Snyder</i>	166
Reencuentro en el subterráneo <i>según lo contado por Ruth Fisher</i>	169
Bailando con Di-s.....	171
El viajero frecuente.....	175

<i>Séder</i> según lo contado a Tania Hammer por su padre.....	179
Descubrimiento estremecedor según lo contado por Raquel Schraub.....	183
Conociendo a Germaine por Gerda Bikales.....	187
El último judío de Auschwitz.....	191
¿Qué hay en un nombre? según lo contado por Masha Leon.....	195
El niño oculto.....	200
Un baúl lleno de cartas.....	205
El colgante de oro.....	211
El tren de las luces por Pesí Dinnerstein.....	223
Milagro en la horca por el jazán Leo Fettman y Linda Ackerman.....	226
El artista bélico.....	232
El converso.....	239
La tocaya.....	242
Un escape de ensueño.....	245
«Der kranke ínguele» (el niño enfermo).....	251
Un funeral para Báruj por el rabino Binny Friedman.....	255
Un Óscar para Óskar por Eric Saul.....	257

Todos los nombres que aparecen en este libro con un asterisco (*) han sido modificados para proteger las respectivas identidades.



Como miembros de la «segunda generación» de sobrevivientes, ambas crecimos bajo la sombra del Holocausto. Si bien nacimos y nos criamos en los Estados Unidos, nuestras respectivas infancias no podrían haber sido más distintas de las de nuestros pares estadounidenses: nunca supimos lo que era tener abuelos. La mayor parte de nuestras tías, tíos y primos eran gente que llegamos a conocer sólo por medio de fotografías y relatos. Y los hitos familiares —cumpleaños, bodas, *bar mitzvoth*— se celebraban con una perpetua lágrima en los ojos por aquellos cuya ausencia estaba tan sobrecogedoramente presente. Crecer como hija de un sobreviviente significaba estar sólo a un paso de distancia del abismo del infierno. Significaba tener que luchar por hallar respuestas a preguntas que eran demasiado agobiantes como para formular. Significaba tener que llenar un vacío, un espacio enorme que había quedado desnudo. Y, finalmente, significaba ser la costra que estaba encima de la herida abierta; que, para aquellos que se habían desencantado con el pasado, *tú* eras la única esperanza para el futuro.

A pesar de nuestra juventud, cargábamos con una enorme responsabilidad. Con el paso de los años, comenzamos a enfrentar el hecho de tratar de entender aquello que nunca podrá realmente comprenderse. «Hacer las paces» con el Holocausto es una contradicción expresiva, una hazaña imposible. ¿Cómo se empieza siquiera a tratar de comprender lo incomprensible?

Y, no obstante, en medio de la gran oscuridad, había aun así destellos de luz. Los horrores, las atrocidades, lo abyecto y brutal que el hombre perpetró contra el hombre... estas historias se han contado y vuelto a contar muchas veces. Pero las chispas de grandeza humana que ardieron durante estos tiempos de pesadilla... no se han expuesto lo suficiente. Y la multitud de formas en que estas incidencias desconocidas dieron como resultado —o fueron el resul-

tado de— «coincidencias» o «incidencias de Di-s», como preferimos llamarlas... tienen que contarse... aun si más no fuera para redimir la imagen mancillada del Hombre durante un tiempo en el que este parecía tan ausente. De ahí este libro, nuestro obsequio a ustedes—nuestros queridos lectores— y también a nosotras mismas.



El mandato de la colección *Pequeños Milagros* es acentuar lo positivo de la naturaleza humana, enfatizar la benevolencia oculta de Di-s y Su omnipresencia. Con mucha frecuencia desechamos los acontecimientos trascendentes como estrafalarios productos de la suerte, el destino, la casualidad o una gran sincronización. Pero ¿quién creó esa gran sincronización? ¿Y por qué?

«Pequeños Milagros» bien podría haberse titulado como «Pequeños Misterios». Los relatos contenidos dentro de estas páginas imploran las siguientes preguntas: ¿por qué los eventos providenciales le acaecen a una persona, pero no a otra? Cuando una persona es bendecida con un milagro que le cambia o le salva la vida a diferencia de otra que no lo es, ¿significa aquello que la segunda persona fuera menos digna? ¿O pudieran ambas personas haber sido bendecidas con una igual suma de milagros, pero sólo una de ellas poseía el corazón abierto para verlos con claridad y llamarlos por su justo nombre? ¿Estamos sencillamente ciegos a los milagros que nos rodean todos los días o nos engeguecemos deliberadamente a fin de negar la importancia de la formidable responsabilidad y el imponente mensaje que transmiten estos milagros? Por desgracia, no conocemos las respuestas; lo único que sabemos es cómo formular las preguntas. Pero aun las preguntas en sí mismas tienen un valor inherente porque cuentan con las llaves que nos ayudan a abrir las puertas donde aguarda una mayor claridad. Y, si no se formulara la pregunta, nunca podría hallarse la respuesta.

Esta obra se publica en este momento específico para que su edición coincida con el aniversario número setenta de la *Kristallnacht*, La Noche de los Cristales Rotos. La historia ve este evento

horroroso como la fecha inaugural de la pesadilla que envolvió al mundo. Setenta años después, hay un sustancial canon de literatura sobre el tema; pero todos los días siguen emergiendo de los escombros nuevas historias.

Iniciamos este proyecto con un intenso esfuerzo por recopilar las historias desconocidas de los últimos sobrevivientes que hay entre nosotros y para inmortalizar el testimonio de aquellos que se hallan en este momento en sus años otoñales. Pero ofrecemos un giro especial: si bien enmarcadas en el contexto del Holocausto, hemos elegido incluir específicamente sólo aquellas historias que demostraron en última instancia ser positivas y reconfortantes, y sólo aquellas que se centraran en torno —asombrosamente— a una coincidencia, o a una sucesión de ellas.

Hay relatos contenidos aquí que desafían la imaginación y retan a la credulidad. ¿Cómo explicamos los milagros de unos hermanos que se encuentran el uno al otro *cincuenta* años después del Holocausto; los relatos de familiares fallecidos que se aparecen en sueños con instrucciones precisas de cómo sobrevivir; informes de decisiones inmediatas y aparentemente al azar que marcaron la diferencia entre la vida y la muerte? Etiquetarlos como meras casualidades desecha su poder, disminuye su significación espiritual y quita su naturaleza maravillosa.

¿Cómo explicamos la historia de un hombre que está huyendo de los nazis, escapando hacia lo más profundo de un denso bosque que nunca antes había atravesado, golpea la puerta de una cabaña al azar y se encuentra cara a cara con un gentil cuya vida *él mismo* había salvado años atrás? ¿Es posible, aun correcto, trivializar esta clase de eventos, relegándolos al ámbito de la «coincidencia»? A nuestro parecer estos son todos grandes misterios, e incluso grandes milagros, y si bien no podemos decir por qué, o para qué, o cómo, podemos ciertamente decir *quién* .

Hace más de setenta años, el padre de Yitta, el rabino Láizer Halberstam, entonces un niño de cinco años de una aldea polaca, violó cierta norma tácita al tener como compañero de juegos a un amigo no judío. Ambos intercambiaban estampillas, monedas, ju-

guetes y, un día profético, decidieron intercambiar plegarias. Sus respectivos padres hubieran quedado horrorizados de haber descubierto los detalles de este canje particular, pero, benditamente, nunca lo supieron. El padre de Yitta le enseñó a su amigo una plegaria judía y, a su vez, su compañero de juegos le enseñó una cristiana.

Diez años más tarde, el padre de Yitta huía de los nazis, trasladándose por toda Europa disfrazado de cristiano. Un día, un soldado alemán subió al tren en el cual Láizer era pasajero y exigió ver los documentos de todos. El padre de Yitta poseía papeles falsos que siempre habían aprobado los registros, pero, por alguna razón, despertaron las sospechas de este soldado particular. «Vaya, ¿de veras? —se burló—. ¿Dices ser un buen cristiano? Bien, entonces, ¿por qué no me recitas ahora una plegaria cristiana, una que todo buen cristiano debería saberse de memoria?». Casualmente, la plegaria que le había pedido que recitara era exactamente la misma que el compañero de juegos de Láizer le había enseñado diez años atrás, y el padre de Yitta —que tenía una excelente memoria— la recitó perfectamente y sobrevivió. ¿Coincidencia... o milagro?

Judith le preguntó una vez a su padre, Hérshel Frankel, por qué nunca había escrito un libro sobre sus experiencias en la guerra. El padre de Judith era muy conocido por su personalidad enérgica y su habilidad para agasajar a las audiencias con una selección de historias fabulosas, llevando a la gente tanto a la risa como a las lágrimas. Parecía que le hubiera gustado registrar sus historias para la posteridad, en vista de que había sobrevivido milagrosamente a los campos de muerte de Auschwitz y Birkenau a la tierna edad de quince años.

—*Tati* —le preguntó una vez Judith, empleando la versión en idish de «papi»—, sin duda tienes mucho que decir.

Aunque han pasado veinte años del fallecimiento de su padre, Judith recuerda aún vividamente su respuesta:

—*Ídisel* —como la llamaba afectuosamente—, sí me senté una vez a escribir mi historia, y es así como empecé: “Me llamo Tzvi Iehuda. Este fue el nombre que se me dio al nacer. Fui llamado en

honor a mi abuelo, quien a su vez fue llamado en honor a *su* abuelo, y así sucedió a lo largo de generaciones, datando hasta la familia Frankel Tumim, que eran descendientes directos de Rashi [el famoso comentarista de la Biblia], descendiente directo del Rey David. Conocía yo mi linaje y me sentía orgulloso de mi nombre.

»"Pero el primero de junio de 1944 entré al campo de muerte de Auschwitz, donde los nazis trataron de despojarme de todo, hasta mi nombre, cuando tatuaron mi brazo con el número A-9975".

El padre de Judith se quedó un momento en silencio y luego dijo: —¿Sabes, *Ídisel*? Cuando leí las palabras que había escrito en la primera página de mi libro... sencillamente no pude continuar.

Esta conversación está tatuada en el corazón de Judith, en su mente y en su alma, con la misma marca indeleble que grabó el número en el brazo de su padre.

Hoy, ella le envía a su padre una plegaria: *Tati*, que las palabras de este libro sean una conclusión del tuyo.



©editorial BNEI SHOLEM
AMOR ENTRE LAS RUINAS

Tamar Snyder



Para los sobrevivientes de los campos de concentración nazis, el fin de la Segunda Guerra Mundial y la Liberación no fueron tiempos de un júbilo no presagiado. De hecho, la finalización de la guerra creó su propia serie de desafíos. Los que se habían alzado por encima de todas las probabilidades se encontraron de repente solos, despojados de cada uno de los últimos miembros de sus familias. La idea de reconstruir sus vidas era desalentadora, ya que estaban debilitados y frágiles no sólo en cuerpo sino también en espíritu.

Howard Kleinberg no era una excepción.

Era la primavera de 1945 y Howard yacía entre los cadáveres de los campos de Bergen-Belsen de Alemania. El joven de dieciocho años ya no tenía más las fuerzas para hacer frente al tifus que sofocaba todo su ser. Preferiría la muerte a este miserable estado, pensaba para sí. Apenas capaz de arrastrarse, se tendió en el suelo, rogando a su Hacedor que lo liberara de su miseria.

De la nada, aparecieron tres mujeres. La más joven era una muchacha de tan sólo dieciséis años. Observó a Howard con una mirada resuelta. Era él un mero esqueleto, pero había en sus ojos un destello de vitalidad.

—Me lo llevaré —les dijo a las otras—. Lo salvaré.

—Es demasiado tarde. Está más muerto que vivo —replicaron las mayores.

—Pero tiene los ojos abiertos —afirmó la adolescente, persistiendo—. Todavía no está muerto.

De algún modo, las mujeres se las arreglaron para llevar a Howard a los barracones. Estaba tan debilitado que lo único que podía hacer era dormir. No dejaba de cobrar y perder la conciencia durante días. Apenas podía hablar. Pero la joven nunca se rindió. Le



daba en la boca todo bocado de comida que pudiera encontrar. La comida entraba y salía. Y la joven se inclinaba apoyándose en manos y rodillas para limpiarlo.

En un momento Howard despertó sobresaltado.

—Necesito un doctor —anunció, consciente de lo enfermo que estaba. Pero no había ningún doctor.

—No te preocupes... yo te salvaré —dijo la dulce joven, tratando de serenarlo. Volvió a quedarse dormido.

Después de tres semanas de este estado nebuloso, Howard sintió retornar un atisbo de fuerza. Abrió los ojos. No había nadie en los barracones. *¿Dónde estaban las mujeres, en especial la joven que lo había salvado? ¿Las habían obligado a irse? ¿Se habían ido por cuenta propia?* No podía creer que, después de todo lo que habían hecho, sencillamente lo abandonaran y desaparecieran. Pero los barracones estaban desiertos y él sabía que si había de sobrevivir necesitaría del cuidado de un médico. Y, así, corrió el riesgo. Cayó rodando de su litera y, incapaz de caminar, se arrastró por los campos, avanzando lentamente hacia el medio del camino. Una vez allí, se tendió. O bien esta cruel vida llegaría de una vez por todas a su fin o bien, quizá, tan sólo quizá, alguien lo encontraría.

Al cabo de unos minutos lo avistó un vehículo militar británico. Lo recogieron y lo llevaron sin demora a un hospital, donde pasó seis meses bajo cuidados intensivos.

Cuando se restableció, Howard regresó a Bergen-Belsen en busca de la joven que le había salvado la vida. Pero, por supuesto, se había ido hacía mucho y el campo estaba ahora desolado, liberado meses atrás. Howard se sintió abatido. Necesitaba encontrar a la joven, agradecerle, quizá pagarle de alguna forma especial, pero ahora dudaba de poder alguna vez hacerlo. Eran momentos de agitación; si perdías a alguien de vista, había probabilidades de que nunca volvieras a verlo o a verla. Lo único que le había quedado de esta joven era su nombre: Nejama Baum.



Hija única, Nejama Baum —o Naju, como la llamaban— era de cabellos rubios y espíritu resuelto. Creció haciendo las veces de una segunda «mamá» para sus cinco hermanos varones. Antes de ir a Bergen-Belsen, Naju había estado en Auschwitz, donde arriesgó repetidamente la vida pasando cigarrillos de contrabando. Los vendía en el mercado negro por algunos sorbos de sopa para darle de comer a una amiga enferma. Compartía todo bocado de pan en el que pudiera poner las manos con su tía, Toby, que dormía junto a ella en los mismos barracones de madera.

Una vez, al pasarle a su amiga una lata de sopa por el alambre de púas, las manos de Naju rozaron la cerca y cayó al suelo, electrocutada. Unas jóvenes se acercaron corriendo a su lado y la reanimaron. El incidente no la desalentó. Siguió arriesgando su vida, tratando de salvarse a sí misma y a otros.

Mientras los rusos se acercaban a Auschwitz, los nazis sacaban de los campos de muerte a los judíos que quedaban con vida para transportarlos en la marcha de la muerte. Naju le pasó al *kapo*, el prisionero a cargo de los internos, un paquete de cigarrillos a cambio de una garantía de que no la separarían de su tía. Caminaron tres días seguidos bajo el sol del enero septentrional, sin comida ni descanso. En cierto momento su tía sufrió un colapso y se negó a proseguir.

—Nos matarán —le suplicó Naju a su tía.

—Entonces moriré —dijo Toby, resignada a su destino.

Naju no permitiría que aquello sucediera. Débil como estaba, levantó a su tía y siguió caminando. Aquella noche, los alemanes les permitieron finalmente descansar unas horas en un granero. Al día siguiente, estaban rumbo a Bergen-Belsen. Allí no había crematorio, pero el campo era no obstante una pesadilla.

El 15 de abril de 1945 Bergen-Belsen fue liberado. Fue para Naju una ocasión jubilosa, pero aquella alegría no duró mucho. El conocimiento de que nunca volvería a ver a sus padres le rasgaba el corazón. Había cadáveres dondequiera que mirara. Sin embargo, Naju trató de permanecer optimista. Con la ayuda de unas amigas,

tomó control de un cuartel que habían dejado los alemanes en su rápida huida. Había dos literas de cada lado y una pequeña estufa en medio de la habitación. Era un palacio comparado con los galpones hacinados en los que habían vivido antes.

Fue entonces que Naju avistó a Howard Kleinberg yaciendo en los campos que rodeaban Bergen-Belsen, prácticamente muerto. Estaba en la búsqueda de su amado hermano, tratando de encontrarlo entre los montículos de cadáveres, cuando vio que uno de ellos se movía. Al acercarse, reconoció que el cuerpo esquelético pertenecía a un muchacho de su propio pueblo, un conocido de su hermano. Insistió en salvarlo, a pesar de los recelos de su tía y otra mujer que las acompañaba. *Si lo salvo, tal vez otra persona salve a mi hermano*, pensaba con esperanzas.

Naju le cedió su cama a Howard y se pasó a la litera de arriba con su tía y otras dos jóvenes. Lo cuidó durante tres semanas. Entonces, un día, cuando regresó de su salida diaria en busca de comida, él se había ido. Estaba decepcionada, incluso enojada. *¿Qué le había sucedido al joven?*, se preguntaba ella. *¿Irse así, sin siquiera despedirse?*

La supervivencia del día a día le impidió quedarse con estas preguntas demasiado tiempo. Después de enviarle cartas a un tío de Israel, que no tuvieron respuesta, recibió noticias de su prima Yetta de Toronto. «Querida niña... hay una habitación que te está esperando». Naju se sentía rebosante de júbilo. En junio de 1947 se embarcó en un contingente infantil hacia los Estados Unidos. Pasó varias semanas en Buffalo, Nueva York, donde vivió con otros parientes, a la espera de una visa para Toronto. Un mes después, llegó a Toronto, al hogar de Yetta e Izzy Horenfeld, una pareja sin hijos que la adoptó como su propia hija.

Las noticias de la llegada de Nejama Baum se propagaron rápidamente por toda la unida comunidad judía de Toronto. Si bien hoy Toronto es una gran metrópolis con una población judía numerosa y próspera, en los años inmediatos a la posguerra los judíos vivían en una sola manzana y estaban todos al tanto de la vida de los demás. Y las noticias de jóvenes sobrevivientes recién llegados

eran una primicia especialmente agradable.

Casi de inmediato, la agalluda muchacha se ganó un grupo de admiradores. Se volvió pronto muy popular: en especial entre los hombres jóvenes. Sin que Naju lo supiera, su llegada fue una noticia especialmente emocionante para un joven sobreviviente: Howard Kleinberg, el muchacho al que ella había salvado, aquel del que ella se había prácticamente olvidado. Resultaba haber llegado a Toronto unos meses antes para vivir con unos parientes. Y él nunca *la* había olvidado.

Después de registrar todo el mundo en busca de su «ángel», Howard no podía creer la buena suerte de finalmente encontrarla. Si tan sólo pudiera armarse del coraje para acercarse a ella...

Unos días después de que Naju (o Nancy, como la conocían ahora) llegara a la ciudad, un inesperado visitante tocó nerviosamente el timbre de su puerta. Era Howard Kleinberg, con las manos húmedas y los miembros agitados. Había arrastrado a su hermana consigo, como para que le reforzara la confianza.

Mientras Naju permanecía de pie en la entrada, Howard la miraba boquiabierto y se quedó sin palabras. Era tan hermosa como la recordaba, quizá aun más. A lo largo de los meses había pensado constantemente en ella, lleno de remordimiento por no haber tenido la oportunidad de agradecerle por rescatarlo de las cenizas. Pero allí estaba la joven, justo frente a él: alguna coincidencia cósmica que la había llevado, de todos los otros sitios posibles, a Toronto, cuando había en el mundo tantos otros lugares a los que habían ido los sobrevivientes.

Le entregó un ramillete y dijo con voz ronca:

—Hola... me llamo Howard Kleinberg. ¿Te acuerdas de mí?

Epílogo: Howard y Naju (Nancy) Kleinberg celebraron recientemente su aniversario de bodas número cincuenta y siete. Han sido bendecidos con tres hijos, una hija y once nietos.

«Era *bashert*» —dice Nancy Kleinberg, invocando la palabra hebrea que significa «destinado».

Los Sabios nos dicen que un *zivug* (alma gemela) se determina en el cielo cuarenta días antes del nacimiento de una persona. Para los Kleinberg, ni siquiera los horrores del Holocausto pudieron impedir aquella unión. Los Kleinberg son una prueba concluyente de que en medio de la oscuridad pueden brillar el amor y la compasión enviando rayos de sanación para iluminar hasta la más desgarradora de las circunstancias.



Según lo contado por el rabino Iósef Schwartz*
(Se han cambiado los nombres por pedido de la familia)



El nombre *Auschwitz* evoca horror, repulsión, un inmediato encojimiento del espíritu. En la mente de la mayoría de las personas está asociado con el infame campo de concentración, pero para mí será siempre el nombre de la amada población de las cercanías donde nací y me crié. Antes de la guerra, vivían en Auschwitz siete mil judíos —casi todos ellos fervientemente religiosos—, entre ellos un gran número de *jasidim* de Bobov.

El 5 de septiembre de 1939 entraron los nazis. Lo primero que hicieron fue quemar la sinagoga más grande y prominente de la población y demoler los edificios en torno a los cuales activaba la vida judía. En el parpadear de un ojo, Auschwitz se vio vaciada de sus judíos para que los nazis pudieran iniciar la construcción del campo; mis padres y cuatro hermanos fueron masacrados; y yo fui enviado de un campo de trabajo a otro hasta terminar en Choow. Tenía trece años.

Por más espeluznantes que fueran las condiciones, los campos de trabajo eran mejores que los horriblos campos de concentración. Había más comida, y no había ningún crematorio con el hedor a carne quemada saliendo de elevadas chimeneas; y en vez de seis personas apiñadas en una sola litera, tenías que compartir tu tablón con una sola. Fue así como llegué a conocer a Najman.

Najman tenía el doble de mi edad, casado, con dos hijos: una niña de seis años y un niño de tres. Su esposa estaba en la sección femenina del mismo campo, y tenían permitidas las visitas de sus hijos, que se alojaban con una familia cristiana de afuera. Quizá fuera por ser mayor, o porque su familia estaba intacta mientras que la mía había sido diezmada, pero Najman era extraordinariamente amable y atento conmigo, un hermano mayor sustituto. Me

tomó bajo sus alas y prácticamente me adoraba. Cuando se bajaban las luces hablábamos hasta bien entrada la noche. Compartíamos intimidades, intercambiábamos historias, hablábamos de la Torá, nos dábamos el uno al otro palabras que levantaban la moral. Formamos un profundo vínculo y nos convertimos en grandes amigos. Najman me hacía sentir menos solo.

Un día quedé desconcertado cuando Najman me dijo de repente: «Ya no puedo tolerar más vivir así; y no puedo soportar estar separado de mi familia. Quiero que sepas que he hecho los arreglos para que un amigo gentil me ayude a escapar, junto con mi esposa y mis hijos, que se quedarán aquí y se esconderán después de su visita regular. Nos fugaremos el domingo por la noche».

Los campos de trabajo no estaban tan intensamente vigilados como los campos de concentración, y las cercas no estaban electrificadas. También ayudando y encubriendo los intentos de escape estaba el hecho de que Choow se hallaba ubicado junto a la entrada de un denso bosque, donde era fácil encontrar protección. Varios prisioneros habían, de hecho, escapado exitosamente de nuestro campo, de modo que la idea no era descabellada. Si bien extrañaría a Najman con desesperación, comprendía sus sentimientos y le deseaba lo mejor.

Najman cavó un hoyo debajo de la cerca. Él y su familia se arrastraban debajo de ella cuando alguien los observó a la distancia. Sonaron las alarmas. Najman y su familia se dirigieron al bosque a toda prisa, pero una multitud de hombres de las SS con linternas y feroces perros guardianes estaban ya en una acalorada persecución, gritando: «¡Alto! ¡Alto!».

Najman había predispuesto una señal especial con su amigo cristiano y silbó frenéticamente para llamarlo. Los pastores alemanes ya le estaban mordisqueando los talones a Najman cuando el gentil salió de la oscuridad. Najman sabía que no podría correr más rápido que los SS. Agarró al hijo que estaba más cerca, que resultó ser la niña de seis años, y la arrojó hacia los brazos de su amigo. «¡Corre, corre!», gritó.



Najman, su esposa y su hijo de tres años fueron capturados, y los hombres de las SS resolvieron darles muerte de inmediato. Fueron arrastrados hacia las afueras del campamento donde le dieron a Najman una pala y le ordenaron cavar una gran fosa. A los nazis les daba un placer sádico forzar a sus víctimas a cavar sus propias sepulturas antes de ejecutarlas.

En el preciso momento en que los guardias levantaban las armas, apareció el comandante del campamento.

—¿Están locos? —gritó—. ¿Qué están haciendo? Este es mi mejor obrero. Es el único de todo el campamento que sabe cómo trabajar con la topadora. *Debo* tenerlo; ¡no pueden matarlo!

—De acuerdo —replicaron los guardias, cediendo—. Pero no necesita a su esposa ni a su hijo, ¿verdad? —dijeron con desdén.

Najman fue liberado, pero lo obligaron a ver la ejecución de su esposa y de su hijo. Los enterraron en la fosa que había excavado él mismo con sus propias dos manos. Lo llevaron arrastrándolo de vuelta a nuestro barracón, lo subieron a la litera que compartíamos y lloró con todo el corazón. Najman tenía el espíritu abatido, pero no se convirtió en un *muselmann* (muerto andante). Siguió trabajando asiduamente, y siguió mostrándose increíblemente atento y dedicado conmigo, lo cual era extraordinario en vista de sus terribles pérdidas.

Durante los meses que siguieron a esa terrible noche, Najman hablaba a menudo de su esposa e hijo asesinados, pero también se obsesionaba constantemente con el paradero y seguridad de su hija, Jaiale. *Por favor, Di-s, al menos que ella esté a salvo*, oraba una y otra vez.

Nunca me olvidaré de la fecha de la muerte de Najman: *dálet támuz* (el cuarto día del mes judío de *támuz*). Un viernes, a las cuatro de la madrugada, unos miembros de las SS irrumpieron en nues-



tro barracón, marcharon directamente hacia nuestra litera, tiraron a Najman, y lo sacaron arrastrándolo.

Habían pasado meses desde aquel poco exitoso intento de escape. Aparentemente, se había entregado una orden directamente de los cuarteles de la Gestapo para revocar la decisión original del comandante del campamento de dejar vivir a Najman. No sé si era cuestión de ironía o simetría, pero los alemanes lo arrastraron de vuelta a la fosa donde estaban enterrados los cuerpos de su esposa y de su hijo, y le ordenaron abrirla.

Se había despertado a todo el campamento y se les había ordenado a todos que se congregaran frente a la tumba para ver la ejecución. Antes de morir, Najman elevó el rostro hacia la multitud, me penetró con la mirada, y gritó bien fuerte: «*¡Jósef, guedenk ij hob a kind!*» (¡Jósef, recuerda que tengo una hija!). Entonces lo ejecutaron. Cayó dentro de la fosa, uniéndose a su familia.

Comprendí plenamente que las últimas palabras de Najman me habían encomendado la misión de ubicar a su hija y cuidar de ella. Me prometí a mí mismo encontrarla. Juré que si sobrevivía rastrearía los confines de la tierra hasta tener éxito.

Fuimos liberados en enero de 1945 y me uní a un grupo de muchachos; retornamos todos juntos a nuestra población natal de Auschwitz. No fue sino después de la Liberación que logré ponerme en contacto con el único hermano de Najman que había sobrevivido, un hombre llamado Léibel, que había sido aprisionado en una sección diferente de Choow. Prometió que mientras yo buscara remanentes de mi propia familia en Auschwitz, él iniciaría de inmediato una búsqueda exhaustiva de Jaiale. Partió hacia su población natal de Soisce, pero dijo que si no la encontraba allí, estaba dispuesto a buscarla por toda Polonia —de hecho, por toda Europa— hasta encontrar a la hija de su hermano.

Regresé a Auschwitz y empecé a golpear puertas. El hogar de mis padres estaba vacío, el hogar de mi tío estaba vacío, el hogar de mi abuelo estaba vacío, los hogares de todos mis primos estaban vacíos. Antes de la guerra tenía yo ciento cincuenta parientes cer-

canos que vivían en la población de Auschwitz. Ninguno de ellos volvió. Pasé meses enteros buscándolos, pero no pude encontrar un solo pariente que hubiera sobrevivido. Puesto que no tenía ya ninguna razón para permanecer en Auschwitz, decidí ir en busca de Léibel. En la población polaca de Sanz, alguien me dijo que habían visto a Léibel con una niña y, hasta donde sabían, los habían llevado a Israel en una misión de la Youth Aliyah.

Me emocioné mucho al oír que Léibel se había reencontrado con su sobrina, pero las últimas palabras de Najman habían estado dirigidas a *mí*, no a él. Sus últimas palabras me resonaban en los oídos. No sentiría haber cumplido con mi responsabilidad con la hija de Najman hasta haberla encontrado yo mismo. Quizá la adoptaría como mi propia hija, si Léibel no estaba a la altura de la tarea. Escribí carta tras carta a tantas agencias judías como pude encontrar en Israel, pidiendo información sobre Léibel y Jaiale. Puse innumerables anuncios en diferentes periódicos que se publicaban a lo largo de todo el estado judío. A pesar de todos mis esfuerzos, no pude dar con ningún rastro de ninguno de los dos.

Entretanto, empecé a reconstruir mi vida. En Tarnow conocí a mi esposa. Nos casamos en Cracovia y, mediante la intervención del *Rebe* de Bobov, recibimos los documentos que nos permitieran emigrar a los Estados Unidos y establecernos en el Upper West Side de Manhattan. De ahí, proseguí la incansable búsqueda de la hija de mi amigo.

En 1958, cuando el *Rebe* de Bobov visitó por primera vez Israel, yo me encontraba entre sus acompañantes, aprovechando la oportunidad de encontrar a Léibel y Jaiale directamente. Registré todo el país, pero no pude encontrarlos. Acompañé al *Rebe* de Bobov en sus otras visitas de 1962, 1964, 1968 y 1970, intensificando cada vez mis esfuerzos de búsqueda. Me negaba a rendirme. Las últimas palabras de Najman resonaban aún en mis oídos: *¡Jósef, guedenk ij hob a kind!*

En todos aquellos años de estas intermitentes visitas a Israel en busca de Jaiale, formé mi propia familia: cinco hijos, habiéndose casado cuatro de ellos, coincidentemente, con cónyuges israelíes y

asentándose en Jerusalén. Mis viajes a Israel se hicieron más frecuentes. Regresaba para fiestas de compromiso, bodas, *britéi milá* y *bar mitzvot*.

Siempre y adondequiera que fuese, compartía con todos la historia de mi tenaz búsqueda de Jaiale. Finalmente, en 1986, alguien me sugirió que visitara el Museo de la Diáspora de Tel Aviv, que, creían, guardaba las listas de los niños que habían llegado a Israel por intermedio de la Youth Aliyah. Allí encontré finalmente el nombre y la dirección de Léibel y mi alegría no tenía límites. Tomé de inmediato un taxi a su casa, y caímos uno en brazos del otro, llorando y chillando de la emoción. Cuando finalmente nos desprendimos, le pregunté:

—¿Qué le sucedió a Jaiale? ¿Dónde está?

—Oy, Jaiale —suspiró intensamente—. Vino conmigo a Israel y se transformó en una persona maravillosa. Se casó y luego... murió de cáncer a los veintitrés años.

Quedé devastado. No podía creerlo. Después de todo no había podido cumplir con la muda promesa que le había hecho a Najman. Y ahora su linaje familiar había desaparecido por completo. Sentí un vacío inenarrable, la más profunda sensación de pérdida.

—Había una hija —dijo Léibel—. Cuando Jaiale murió tenía cerca de tres años.

¡Una *hija*! Me sentí renacer de inmediato. Sentía que Di-s me había dado otra oportunidad para redimirme con Najman.

—¿Dónde está? —pregunté, secándome las lágrimas.

—¡Oy! —suspiró Léibel—. Otra tragedia. El marido de Jaiale, el padre de la niña, volvió a casarse muy pronto, y su nueva esposa insistía con crueldad en que no quería criar a la hija de otra mujer, exigiendo que la pusieran en un orfanato.

—Entonces, ¿dónde está? —me sobresalté.

Apartó la vista; no podía mirarme a los ojos.

—No lo sé.

—¿No lo sabes? —repetí.

—El marido de Jaiale y yo no nos llevábamos bien. No estábamos en buenos términos y se negaba a decirme dónde la habían ubicado.

Les di un nuevo rumbo a mis esfuerzos. Dejé de buscar a Jaiale y empecé en cambio a buscar a su hija. Siempre que viajaba a Israel, redoblabla mis investigaciones, y seguía visitando distintas agencias y organizaciones, pero siempre llegaba a un punto muerto.

Pasaron muchos años, pero aún me negaba a bajar los brazos. Para entonces me acompañaba en estas expediciones Rivka, mi hija menor, ya que hablaba hebreo mejor que yo, y, viviendo en Israel desde hacía un tiempo, sabía cómo lidiar con el sistema. Entretanto, Léibel murió, pero yo seguí visitando a su viuda y presionándola para que me diera información sobre la nieta de Najman.

—¡*Mazal tov!* ¡*Mazal tov!* —gritaba durante una de estas visitas—. ¡Tengo finalmente noticias maravillosas para usted! ¡He encontrado a la nieta de Najman!

Le dio a Rivka el papel en el que había escrito el nombre y la dirección completos de la joven. Cuando Rivka lo leyó, se puso totalmente pálida y se desmayó.

Cuando la reanimamos, se frotó los ojos y dijo:

—¡Hindi, la nieta de Najman, es mi *mejor amiga!*

Rivka había conocido a Hindi hacía cinco años, cuando eran ambas pudorosas novias. Rivka se había casado con el hijo de un ilustre *Rebe* y Hindi se había casado con un *jasid* (discípulo) del mismo *Rebe*. Sus maridos estudiaban Torá en la misma *ieshivá* (centro de estudios talmúdicos), y Rivka y Hindi se habían conocido en el *shul* (sinagoga) donde ambas oraban.

—¡Hacemos *todo* juntas! —exclamó Rivka—. Vamos de compras, paseamos juntas, asistimos a *shiurim* (charlas), estudiamos *sefarim* (libros sagrados) juntas, participamos en las mismas organizaciones de *jésed* (obras de caridad); ¡todo!

Llamé un taxi de inmediato y regresamos directamente a Jerusalén para ver a Hindi. No dejaron de brotar las risas y las lágrimas mientras le contábamos la historia del profundo vínculo que nos co-

nectaba a todos. Hindi se convirtió para mí en una quinta hija. Nuestras familias se mezclaron y hemos compartido juntos muchos eventos familiares.

La historia casi termina aquí: pero no del todo.

Hace varios años participé en un recorrido jasídico por Polonia. Incluido en el itinerario estaba el sagrado sepulcro de un santo *Rebe*. Oré en su sepultura y canté *Tehilim* (Salmos) y luego me fui a caminar un poco, esperando hasta que los demás terminaran. Fue entonces que noté algo curioso: a algunos pasos de distancia del *kéver* (tumba) del Santo *Rebe* había una pequeña puerta que rodeaba tres sepulturas y una lápida gigante. Esto era muy extraño, porque en Polonia los antiguos cementerios judíos *nunca* usaban lápidas, y esta era la única de todo el lugar. Se me despertó sumamente el interés, de modo que me acerqué a la lápida para examinar su inscripción. Mientras leía las palabras hebreas grabadas en ella, tuve que tratar de no perder el equilibrio porque sentía que me iba a desmayar.

Estaba delante de las tumbas de mi buen amigo Najman, su esposa y su hijo.

Sin que yo lo supiera, Léibel había aparentemente obtenido una orden judicial para hacer que se exhumaran los cuerpos de sus tumbas en el campo de trabajo y se los volviera a enterrar en el antiguo cementerio jasídico. Empecé a temblar y a llorar descontroladamente y, en medio de las lágrimas, a cantar *Tehilim*. Desde la distancia, el distinguido *Rebe* de Serret observaba mi estado emocional y se me acercó para preguntar qué sucedía. Cuando le conté la historia de Najman y su familia, me preguntó si podía tener el *zjut* (honor) de decir el *Kadish* por ellos.

Mientras los hombres se congregaban en torno a los sepulcros, el *Rebe* empezó a entonar el *Kadish*. Mientras respondíamos fervientemente «amén», yo no podía dejar de pensar que en este día, finalmente, se había cerrado un ciclo: un ciclo de amistad y amor inmortal.

